

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 22

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7

Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Bryce Echenique, triste de fiestas

Ángel Rama

Examinando la historia literaria de su patria, Mario Vargas Llosa concluía que «el escritor peruano que no deserta, el que osa serlo, se exila. Todos nuestros creadores fueron o son, de algún modo, en algún momento, exiliados». Podría haber agregado que esta condición —que en ambos extremos de una historia literaria compartieron Garcilaso de la Vega y César Vallejo— deparó una producción que nunca dejó de contemplar hipnóticamente a su tierra lejana, manejando junto a esa obsesiva investigación de su idiosincrasia, el instrumental literario más avanzado que le proporcionaba la universidad cultural. El propio Mario Vargas Llosa es un buen ejemplo de este comportamiento dual.

Dentro de esa tradición surgió la obra de Alfredo Bryce Echenique. Nacido en Lima, en 1939 y habiendo concluido sus estudios de letras en la Universidad de San Marcos, su existencia transcurrió parcialmente en Francia como profesor y lector de las universidades francesas y fue en París que se dio a conocer como escritor; primero su libro de cuentos *Huerto cerrado*, que obtuvo en 1968 una mención del premio Casa de las Américas y luego su novela *Un mundo para Julius* (1970). Ambos libros —al que se puede agregar *Muerte de Sevilla en Madrid* que en 1972 reunió dos relatos— construyen una exploración del orbe peruano y limeño, visto con impasible mirada crítica dentro de una tesitura literaria objetivista que supo manejar con asombrosa sabiduría. Ahora, atravesando el puente que estableció su recopilación de cuentos en *La felicidad, ja, ja* ha iniciado una nueva exploración que, sin abandonar su problemática peruana, la esencializa y la proyecta en el escenario europeo, tal como se ha venido viendo desde la *Rayuela* de Cortázar en otros escritores latinoamericanos de la diáspora, mediante su novela *Tantas veces Pedro* (1977).

La publicación del cuento «Con Jimmy, en Paracas» que luego pasó a *Huerto cerrado* dio entera medida de esta narrativa original que, como la de otros hispanoamericanos de su generación, volvió por los fueros de un realismo elaborado. La figura del niño como observador y desenmascarador de las apariencias fraudulentas de la vida social, no era nueva e incluso se encontraba desgastada por una abusiva utilización. Si en Bryce Echenique recobró su potencialidad, lejos de la tendencia poética signada por Alain Fournier o la sarcástica de Graham Greene, fue gracias a una enunciación austera y a un tono menor, incontaminado y tenso, que signó su escritura. Pero además porque este niño testimonial (primero Manolo, luego Julius) mostraba rasgos particulares que se reencontrarían en su periodo adolescente y aun adulto y que lo emparentarían con esas criaturas de la vanguardia alemana (de Kafka o Musil) a quienes su intrínseca debilidad solo autoriza la condición de padecientes y de observadores, pero de quienes el narrador se distancia para no dejarse impregnar por su subjetividad o emocionalismo. Así, el observador preferencial del relato es también observado y deviene un objeto entre los objetos del mundo, todos ellos dignos de una misma atención, respetuosa, fascinada y distante. No es el niño de «Con Jimmy, en Paracas», sino el lector quien descubre las jerarquías sociales, los modos de dependencia y aun de servilismo. No es el adolescente de «Yo soy el rey», sino el lector quien descubre la abyección del burdel mientras el primero macera su fracaso sexual.

A una pregunta que le dirigió Abelardo Oquendo (en *Narrativa peruana 1950-1970*, Alianza, 1973) contestó Bryce: «Escribo porque siento que es algo que puedo hacer bien en esta vida. Me interesa expresar ciertos temores, ciertas angustias y ciertas esperanzas del hombre de hoy». Y aunque amparó su literatura en Hemingway y Montherlant, es toda la vanguardia europea y quizá más ostensiblemente Scott Fitzgerald, quienes lo conducen. La expresión de esos sentimientos se ofrece como la respuesta más provocativa de que puede ser capaz un ser débil inseguro enfrentado a la acorazada gesticulación de los fuertes y dominadores. Fascinados por ese vigor, ahogados por su abrumadora presencia, incapaces de competir pero esquivos a aprobar, ciertos seres asumieron su propia debilidad, testimoniándola y no defendiéndola; Marcel en su larga rememoración, Franz en la carta al padre, Torless en su colegio, Julius, reconstruyendo el desvariante esplendor de la oligarquía limeña rendida a su vulgar modelo norteamericano. Descubrieron que su capacidad para observar a los protagonistas de la sociedad era su particular fortaleza, que esa asiduidad hipnótica de la mirada era recompensada por

el hallazgo de las fisuras que delataban otras debilidades o comprobaban la inanidad de desplante de los fuertes.

El mundo que el título de la novela promete a Julius es el que le cabe por descendiente de una opulenta familia peruana. Su impecable y convencional padraastro se lo dibuja en el futuro y los tramos de su educación de príncipe le son preanunciados por sus dos hermanos, Santiago y Bobby. Lo que él descubre es ese estucado parejo, es una ausencia que testifica al finalizar la novela la sonrisa cómplice de sus hermanos: «se miraron aún un instante, así, ausentes, mientras volteaban, un segundo bastó para que firmaran un eterno pacto de ausencia: los dos eran el heredero de una inmensa fortuna». *Un mundo para Julius* no se propone la reconstrucción del friso social ni la crítica de una frívola aristocracia, sino el hallazgo de un camino independiente dentro de un proyecto educativo falsificador, al encuentro de una gravedad veraz. Sin una narración detallista, como de crónica mundana, que hubiera complacido a Saint Simon; sin un cauto distanciamiento que lleva al límite la suspensión del juicio moral; sin una confianza tramposa en que los sucesos se llenan por sí mismos de significación; sin una destreza artística para instaurar el espacio testimonial entre los hechos, la novela no alcanzaría esa su bien educada fuerza persuasiva. Mientras distrae amenamente con su contar menudo, carga amenazadoramente los explosivos que no llegan a estallar.

La nueva novela de Bryce Echenique, abre otra puerta. Es otra escritura, otra impostación narrativa, otra proposición, aún inmadura pero de mayor compromiso artístico. Se llama, largamente, *La Pasión según San Pedro Balbuena, que fue tantas veces Pedro, y que nunca pudo negar a nadie*, entremezclando textos bíblicos, cantatas de Bach, versos de Vallejo, Manolo-Julius-Pedro es ahora el joven peruano arrojado al universo, viviendo su radical duplicidad interior bajo imaginativos disfraces. Su asunto es la *Pasión*, estrictamente el amor visto en la doble acepción del término *pasión*, con la incesante sustitución de sus diversas máscaras (estrictamente, de sus diversas *personas*) que recubren la permanente búsqueda de la plenitud y la veracidad que solo parecerá posible en la imaginación, en la mitomanía desaforada, en la construcción de un otro ser. Su personaje combina, en variables dosis fraudulentas, el aventurero latinoamericano en tierras europeas, el aprendiz de escritor que más en la vida que en el papel objetiva su fabulación, el niño malo de cada bien que despilfarra los cheques de mamá en una continuada borrachera febril por el mundo, el débil, inestable, inseguro hispanoamericano moviéndose en esa dúplice

jungla en que realidades y reflejos se oponen y confunden, traduciendo en el plano psíquico la circunstancia de su desplazamiento sobre otras culturas. Por último, el stendhaliano enamorado del amor a quien la realidad burla y la imaginación conforta.

Son muchas las reminiscencias literarias de la obra, desde Dylan Thomas hasta Joyce; desde Fuentes hasta Cortázar; pero no empeñan la originalidad del proyecto, construir un relato ambiguo de engañosa virtualidad realística con vertiginoso ritmo que al llegar a su clímax alucinante deviene, como *Cien años de soledad*, una pura escritura imaginaria, la pirotécnica invención de una narrativa que flota enajenada sobre la realidad que le dio génesis, contradiciéndola en el mismo instante en que consigue dar forma definitiva al personaje y por lo tanto se vuelve nada más y nada menos que literatura. La búsqueda apasionada del amor atraviesa tres instancias que corresponden a otras tantas figuras femeninas (la gringuita Virginia, la francesa Claudine —sobre la cual rota el mejor relato—, Beatrice) para desembocar en el aquelarre erótico italiano sobre el cual flota Sophie como una figura extraída de un *tarot*, para pasar de ella a la foto de la desconocida publicada en una revista leída en Lima, la cual abrió la puerta a esta búsqueda imaginativa, para concluir —ya en plena literatura porque se trata de un cuento del personaje Pedro Balbuena— en el adolescente peruano que inventa el amor mientras dialoga con su madre en el *toilette* donde ella se prepara para sus conquistas, estas sí muy reales y concretas.

Es posible una lectura simbólica de la novela y obviamente otra psicoanalítica, pero ninguna puede suplantar a la artística. A pesar de los desfallecimientos narrativos (en especial el capítulo IV dedicado a Sophie y a las aventuras eróticas en la *Università per le Straniere* de Perugia), a pesar del excesivo *staccato* que desde la primera página dinamiza la escritura pero que dificulta su superación o extremación, es evidente la pericia narrativa de Bryce Echenique, su desembarazado humorismo que juega en el filo de la farsa y la sutileza con que entrelaza situaciones y personajes dentro del torbellino que rige la construcción de la novela. Aunque la acción transcurre en los Estados Unidos, México, Francia, Italia, aunque acuden a ella para ser burlados los múltiples clichés de las revistas ilustradas, esta es una fiesta triste y peruana, otro modo de morir en París con aguacero, contándolo a través del otro que solo puede construir la imaginación acelerada y delirante y no a través del niño-adolescente que traslada a una foto su amor por la madre mundana.